

- D. Ant.—Debía vd. verlo, sin embargo, ¿no v. vd. con que muebles lo recibo? ¿no respira vd. aires de pobreza? ¿no ve vd. que mi mujer y mi hija cosen ajeno, el vestuario de la tropa? Nó, no lo sabe vd.; si lo supiera, si se hubiera fijado, me daría la razón, encontraría el motivo. Ya ve vd., se lo he dicho todo aunque no me lo pregunta, porque lo sabe el mundo entero, porque nada me importa y ahora mucho menos, ahora que la casualidad le pone término.
- D. Ism.—(*Siempre con superioridad.*) Yo estimo su confianza en todo lo que vale, señor coronel y me felicito de haber sido el intermediario entre la fortuna y la familia de vd.; aplaudo sus nobles sentimientos que me lo hacen aparecer muy apreciable, y me permito citar lo (*cuenta las hojas*) hasta el próximo miércoles.....el tiempo indispensable para la traducción de los títulos.....
- D. Ant.—¿Para la traducción? ¿Y qué necesidad hay de traducirlos? . . . No entiendo.....
- D. Ism.—¡Una friolera! La compañía que yo represento, reside en Filadelfia, están ahora en México dos de sus directores que no entienden el español y lo menos que pueden exigir es que los documentos que pagan, les sean traducidos á su idioma.
- D. Ant.—Pero entonces la compañía es americana?.....
- D. Ism.—Sí señor.
- D. Ant.—¿Americana de los Estados Unidos?.....
- D. Ism.—Pues no acabo de decir á vd. que es de Filadelfia?
- D. Ant.—(*Arrebatando de las manos de D. Ismael los títulos.*) Para una compañía de los Estados Unidos, yo no tengo de venta ni una pulgada de tierra mexicana!.....
- Se pone de pié al decir esto con voz solemne, y mostrará la puerta al abogado con un gesto grande y majestuoso. Telón.*

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoración del acto anterior.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA GERTRUDIS. ISABEL.

Doña Ger.—Pues, te lo aseguro, creí que le daba algo; he llevado un sustazo atroz y de intento no te llamé en el acto, para evitarte otro igual. Yo los dejé en muy buenos términos, muy de amigos, sin sospechar la tormenta; el mismo Antonio me presentó al abogado, quien me pareció bastante cortés, no creas. Así es que me sorprendí lo que no tienes idea cuando primero oigo que hablaban alto y después que enmudecen; me asomé desde la puerta, para enterarme, entré curiosa y asustada, y vi que tu padre despedía al abogado, sin miramientos ni palabras, el brazo tendido y el rostro seco, contraído, terrible.....

Isabel.—Y ¿qué habrá dicho el licenciado?.....

Doña Ger.—Figúrate!..... Petra dice que cuando le abrió para que se marchara, iba muy pálido y hablando solo..... Y yo no siento esto, nó; lo que siento es que ahora Antonio prescindirá menos de ese empleo de mi pecadora que le tienen ofrecido, y no quiero verlo en una casa de juego, porque le aturda y de lo

BIBLIOTECA DEL CONGRESO
 CALFONDO
 Apdo. 1585 MONTENEGRO, MEXICO

que va á sufrir, mira, hasta temo que enferme ó que me lo maten de un disgusto.....Hace un rato, cuando se disponía á salir y que yo, para entretenerlo le pedí que me contara lo sucedido con el abogado, apenas si me hizo caso; díjome que había venido á proponerle una indignidad, casi un crimen, y que ya no vacilaba, que prefería su nuevo empleo, su empleo de "gancho," de "convitador."

Isabel.—Ay mamá, ¿pero cómo hemos de permitirlo nosotras?.....Si vieras, yo he pensado una cosa que me parece buena, infalible; que nosotras pongamos á Carlos al tanto de lo que ocurre y que él le hable, que lo convenza.....¿quién sabe si no por ser de cumplimiento, pueda más que nosotras?.....

Doña Ger.—Qué ocurrencia, hija, ni lo intentes, confórmate conque abogue por sí mismo, por el asunto de vdes., y no lo comprometas; perderías.

Isabel.—¿Cómo? Pues qué temes que papá, con motivo del disgusto, y á pesar de lo que te prometió, vaya á desahogar su cólera en Carlos?.....

Doña Ger.—Precisamente á desahogarla, nó; pero comprende que es natural que el pobrecillo no se encuentra muy bien dispuesto, y que si antes le repugnaba tu matrimonio, ahora le aumente repugnancia.

Isabel.—Mira, mamá, creo que entonces yo odiaría á los americanos más que papá; porque, ellos vendrían á ser la causa de mi desdicha.

Doña Ger.—¿Si, eh? Pues ódialos, hija, ódialos, que lo mismo ha de importarles tu odio que tu cariño. De veras que me has hecho reír y que no puedes negar que eres la hija de tu padre; sería la que me faltara, que tú también te me volvieras patriota; entre Antonio y tú me obligarían á declararles la guerra á vdes., á los mexicanos; y como no es una de balde la esposa de un coronel, si con Antonio pierdo, lo que es á tí (riendo y tomándole las manos) á la primera derrota te desterraba yo á la cocina, despachaba á Petra y saldría ganando una economía más y un enemigo menos. Por lo pronto, y mientras te me conviertes en

general, ayúdame á doblar esta ropa y apunta en la libreta el número de piezas que entregamos (lo harán entre las dos.)

Isabel.—Comienza á hacerse tarde y Carlos no viene; con tal de que nada le haya sucedido.....

Doña Ger.—Jesús, hija, no te lo vayan á comer, ¿qué quieres que le suceda? Ya no está en edad de perderse ni de asustarse; bien puedes permitirle que ande de noche por la calle.

Isabel.—No te burles, no te burles, (amenazándola cariñosamente) que te va á ir mal. Acaso tú, cuando fuiste novia, ¿no sufrías las mismas inquietudes, las mismas impacencias? ¿no contabas las horas y los minutos? ¿no el corazón te anunciaba la llegada de papá y no hasta suspendía sus latidos cuando se retardaba?.....

Doña Ger.—Sí, ya te lo he dicho mil ocasiones; sólo que conmigo el caso era distinto; tu padre era soldado y soldado en campaña, de suerte que mis ansiedades de enamorada estaban justificadísimas; sobre que no sabía si al despedirnos lo volvería yo á ver, y á veces en lugar de su persona me llegaban únicamente las noticias, como cuando nos aseguraron que lo habían matado..... Ya ves, han pasado muchos años de esto, de aquella noche en que lo supuse muerto, hecho pedazos quién sabe dónde, y aún el recuerdo de lo que sufrí, de lo que lloré, me estremece cual si el momento amargo reviviera. Veo á mi padre, paseándose nervioso, sin despegar los labios; al amigo que nos llevó la nueva, mudo también, encogido, contemplando la alfombra; y veo á mi madre que al tratar de consolarme, al decirme que no llorara tanto, se le escapaba un llanto que con el mío se confundía..... Con que, compara y dime si no hay diferencia?..... Anda, tu Carlos no te lo disputa nadie, es tuyo, tuyo únicamente.

ESCENA SEGUNDA.

DICHAS, PETRA.

Petra.—Niña, voy á salir....
 Doña Ger.—(*Saca dinero de su portamoneda*) Sí, sí, ve y no te tardes que ya casi es de noche.
 Petra.—¿Qué traigo?.....
 Doña Ger.—Lo de siempre.
 Isabel.—(*Cuando Petra se marcha*). No vayas á echar la llave ahora que sales; cierra solo con el pasador.
 [*Vase Petra*].

ESCENA TERCERA.

DICHAS, MENOS PETRA.

Isabel.—Mamá, dime, ¿pedirá permiso Carlos para dos ó para tres noches á la semana?
 Doña Ger.—Que pida para visitarnos, tres, y ya tu padre se encargará de otorgarle solo una.
 Isabel.—Y tú te encargarás de conseguir las otras dos...
 Doña Ger.—Por supuesto; ó las otras doscientas..... pero tú te crees que voy á estarte consiguiendo cuanto te viene á la cabeza? (*con fingida seriedad*) Ud. se conformará con lo que su padre ordene, se guardará muy bien de protestar y, sobre todo, de meterme á mí en sus contrabandos. Ve á ver si Petra vuelve y prepara la lámpara, anda, no vaya el novio á tropezar con nuestro complicado mobiliario.
 (*Vase Isabel.*)

ESCENA CUARTA.

Doña GERTRUDIS, arreglando las sillas, á poco ISABEL con una lámpara encendida, y luego CARLOS.

Isabel.—Ahí viene, mamá, ahí viene. Lo ha visto en el patio, debe andar ya por la escalera (*coloca la lámpara sobre el escritorio; suena la campanilla*).
 Carlos.—(*Ligeramente emocionado dorá la mano á Doña Gertrudis, primero, luego á Isabel*). Señora, gracias, muchas gracias por haberme ayudado á conseguir esta entrevista..... Isabel, buenas noches.....
 Doña Ger.—Y de veras deben agradecermelo por lo que he trabajado; nunca creí que Antonio consintiera...
 Isabel.—(*Aproximando una silla*). ¿Se sienta Ud?
 Doña Ger.—(*Sentándose los tres*). Ha de saber Ud. que Antonio le ha cogido un poquillo de mala voluntad, porque dice que Ud. le quita á su hija, así, como á traición, después de que él lo trajo á la casa, después de que lo recibía en ella, como á un desinteresado, como á un simple amigo.
 Carlos.—Y Ud. señora, ¿opina lo mismo? ¿me hace el propio reproche?
 Doña Ger.—Ya sabe Ud. que la mujer tiene que estar en todo con su marido; pero como yo lo peidoné á Ud. ya; con o desde antes que ésta (*por Isabel*) me confesara que ustedes se querían, yo lo había adivinado, comprenderá que lo que le he dicho no es regaño sino aviso; es para prevenirlo; para que no le extrañen las durezas que Antonio pueda gastar con Ud.; su carácter, que no fué dulce nunca, se le ha empujado de poco tiempo acá, y con razón.....
 Carlos.—Pero si al contrario; les aseguré á vdes. que aun cuando no estuviera yo interesado (*mirando á Isabel*) D. Antonio me sería igualmente simpático. Si vd. supiera que las raras veces que he presenciado sus exaltaciones patrióticas, su casi manía por la patria, porque es casi una manía ¿verdad?

Doña Ger.—Sólo que es una manía adquirida desde la niñez; Antonio era un niño cuando se batió contra los americanos.

Carlos.—Nó, si ya lo sé; por eso iba á decirles que cuando lo he escuchado, no me lo creerán, pero me ha conmovido y me ha hecho que lo quiera, se lo aseguro á vd., que simpatice con sus ideas y con su mala estrella. De tal suerte, que ahora que se trata de Isabel, no tenga vd. cuidado, pasaré inadvertidas las cosas que me diga. Y á propósito ¿no está en casa?

Isabel.—(Apresurada): Salió á un negocio.....un negocio urgente.....pero no ha de dilatar..

Doña Ger.—Y mientras llega, confórmese vd. con mirar á la niña delante de la mamá, que entra esta noche en sus funciones de suegra.

Carlos.—Vamos señora, que ni en broma me gusta oír á vd. semejante palabra; ¿no quiere vd. que al casarme con Isabel adquiera yo en vdes. toda una familia, una familia que no tengo y que anhelo tener?...

Isabel.—(Con mucho rubor) ¿Lo ves mamá, lo ves?

Doña Ger.—Sí, hijo, sí; con toda mi alma; ya ve vd., ya le adelanto un título que no debe prodigarse....

Carlos.—Y que yo cuidaré de conservar siempre, dando á Isabel nó la dicha que merece, es mucha, pero sí la que yo pueda darle, la que quede á mis alcances.

(Suena la campanilla).

Isabel.—(Emocionada por lo que acaba de oír) Ese es papá, estoy segura, voy á recibirlo.....(Se adelanta á su encuentro y le besa la mano y la frente; le quita el bastón y el sombrero).

ESCENA QUINTA.

DICHOS, D. ANTONIO DE MUY BUEN TALANTE

D. Ant.—(Sin reparar en Carlos.) Se conjuró la tormenta.... parece que todavía soy honrado..... me admiten por fin... mañana comenzaré..... Ah!... llegó ya el Sr, Mercier?...

Carlos.—Buenas noches, señor coronel; de vd. hablábamos.

D. Ant.—Gracias, caballero; mil gracias por su atención. Vaya (volciéndose á Isabel y á Doña Ger.) déjenme solos, quizás el señor esté de prisa, ha de urgirle conocer mi respuesta.....

Carlos.—Nó, lo que es por mí.....

D. Ant.—Que está de prisa he dicho; ¿no se lo conocen en la cara?.....

Doña Ger.—(Tomu del brazo á Isabel.) Bueno, nosotras entonces nos vamos por allá adentro, á esperar que vdes. nos llamen cuando terminen.

(Vanse.)

ESCENA SEXTA.

D. ANTONIO, CARLOS.

D. Ant.—(Se sienta é invita á Carlos á hacer lo mismo; luego, cruzándose de brazos doblará la cabeza sobre el pecho, irónico y meditabundo.) Estoy á sus órdenes, señor pretendiente, y vd. dispense que le dé éste nombre, pero me parece que es el único que le corresponde.

Carlos.—Llámeme vd. como quiera señor coronel, que yo me encargaré del cambio de título. Sabe vd. ya lo que quiero á su hija, sabe vd. que mi solo capital lo forman mi honradez y mi trabajo (con entereza) ¿puedo aspirar á que sea mi esposa?.....

D. Ant.—¿La esposa de vd.?..... Aún hay mucho que hablar sobre el asunto, hay que meditarlo, que no pecar de ligero. Vdes., los muchachos, creen que eso se arregla así, en dos palabras; y nosotros los viejos, por viejos sabemos que para que cualquier negocio salga medianamente, hay que echarle muy buenos cimientos, pero muy buenos..... Yo se, en efecto, que es vd. muy honrado y muy trabajador, es decir, que es vd. un hombre que no hace ninguna gracia sino que cumple con su deber, y vd. ¿sabe también que Isabel

es una criatura pobrísima, con una madre enferma y un padre inútil; una criatura que no ha tenido juventud, ni ilusiones, ni ninguna de esas pequeñas cosas que tiene, todas las muchachas, esas pequeñas que vienen á serles útiles más tarde, cuando la juventud se fué y la vida, la verdadera, la amargura, viene á lastimarlas con sus asperezas..... (*animándose*) ¿vd. no sabe que mi hija es una acreedora de la felicidad; que ya que yo no puedo dársela, el que como vd. venga á anidarse en el corazón, está obligado á ello..... á mostrársela siquiera de lejos y por una sola vez?..... (*trémulo*)

Carlos.—(*muy impresionado*) Ah, señor don Antonio, es vd. un gran corazón. Dios lo bendiga.....

D. Ant.—Yo ya no soy nada, absolutamente nada; soy una ruina que se viene abajo, que se desmorona, pero que todavía defiende á la enredadera que se adhirió á sus muros.....

Carlos.—(*animado también*) ¿Y si yo le juro á vd. que adoro á Isabel; si yo le juro que le conseguiré esa dicha que nunca conoció; si yo le pido á vd. permiso para vivir al lado de esa ruina y, en caso de siniestro, perecer junto á la enredadera que se prendió á sus muros, ¿vd., don Antonio, consentiría...?

D. Ant.—¿Y si yo consiento y vd. no cumple?..... No, no me interrumpa vd..... sus propósitos son muy buenos, concedido..... pero ya ve vd. cuantos matrimonios se echan á perder, los más, dicen que es natural, ¿si vd. entra en esa naturalidad, qué le digo á mi hija y qué le hago á vd?.....

Carlos.—Pues á mí podría vd. hacerme lo que quisiera, y en cuanto á su hija, nada tendría que decirle, porque suponiendo desgracia tamaña, yo sería yo quien le pediría perdón de rodillas, hasta que de veras me perdonara, hasta que reconquistara su estimación y su cariño. Además, tal monstruosidad no se realizará nunca, se lo protesto á vd. cuando se ha visto que un hambriento deprecia antes de saciar su hambre, el pan bueno, el pan blanco con que siempre soñó?

nosotros la victoria, una victoria que debemos á ustedes, ni quien lo niegue, pero que tenemos que utilizar, que traducirla en prosperidad y en trabajo.....

D. Ant.—Ya lo ve Ud. en esta época todos ustedes son abogados, y literatos, y sabios que dicen cosas muy bonitas..... lo que es yo me quedo como soy, maniático, idólatra, ignorante..... A todos esos discursos, prefiero por ejemplo, lo que hicimos nosotros, los cadetes del Colegio Militar en la madrugada del 12 al 13 de Septiembre del 47..... ¿no lo sabe Ud?..... pues también es bonito.... Éramos tan niños que instintivamente nos buscamos y nos agrupamos, para darnos más valor, por entre nuestros fusiles en pabellones..... El bosque estaba imponente, negro; los ahuehetes, agigantados en la sombra, parecían apesarados por nuestra próxima suerte; subían del campo esos infinitos rumores con que la noche asustada, y nosotros, muchachos al fin, muy vivo y muy reciente el recuerdo de nuestra casa y nuestra madre, nos pusimos á rezar, lo que recordamos, una oración purísima que fué á perderse entre el follaje de los árboles, y que nos valió al día siguiente que el enemigo nos tratara como hombres y como hombres que sabían pelear y morir.

Carlos.—(*Abrazándolo*) D. Antonio, perdí; me doy por vencido, ya lo creo; ha hecho vd. santamente en no vender nada..... ¿quiere vd. ahora que llamemos á Doña Gertrudis y á Isabel?.....

D. Ant.—(*Sonríe y le abraza*) Sí, llámelas vd. y haga muy feliz á mi hija..... (*deteniéndolo*) pero si antes le dije mis amores, no se olvide de mis grandes odios; solo son dos, pero mortales: los americanos y los franceses!

Carlos.—(*Aterrado*) ¿Los franceses?..... Por Dios, Don Antonio, dígame vd. que he oído mal; que vd. no ha dicho eso.....

D. Ant.—(*Sorprendido*) Y lo repito, sí señor; ¡a Ud. que puede importarle?.....

Carlos.—(*Desesperado*) Que mi padre fué francés.....

- y fran é: invasor.....
- D. Ant.—(Aterrado también) ¿Y dice vd. que murió?... Pronto, pronto, ¿en cuál acción?...
- Carlos.—(Con tristísimo orgullo.) Frente á los muros de Puebla.....
- D. Ant.—(Pausa.)—Y después de esta confesión, por la que debia vd. haber comenzado, todavía cree vd. posible su casamiento con mi hija? ¿Lo cree vd? La verdad?.....
- Carlos.—(Suplicante.) Ah, señor! no sólo lo creo posible, sino que para lo que ella me quiere; para lo que yo la adoro, lo creo indispensable; creo que vd. no se opndrá á él; que en obsequio de nuestra di:ha, disminuirán sus odios. ¿Por qué he de pagar yo lo hecho por mi padre?.....
- D. Ant.—Porque el mundo es así, injusto si vd. quiere, pero haciendo recaer en los hijos las faltas de los padres; y la del de vd. al menos para mí, para este viejo loco y ridículo sin más culto en el alma que su patria, la falta del de vd. fué muy grave, gravísima, de las que no se perdonan... porque ¡no deben perdonarse!
- Carlos.—Vd., patriota, no la perdona, pero no hace bien en declarármelo á mí, al hijo, que no digo perdona, sino que lamenta, sí señor, lamenta, el no haber conocido ni abrazado al delincuente.....
- D. Ant.—Ya ve vd., lo oigo en calma porque defiende vd. la memoria de su padre y eso me gusta, está vd. en su papel... pero no insista en lo otro, déjeme á mí defender á mi hija, déjeme vd. conservarla para uno de los suyos.
- Carlos.—Señor don Antonio, por Dios, ¿acaso yo no soy de vdes? pues ¿en dónde he nacido? ¿qué idioma hablo? y sobre todo ¿en dónde amo?... ¿Vd. no sabe que cuando se ama como yo amo, no hay nada igual á la mujer querida; vd. no sabe que por la mujer querida abandonaría uno patria, familia, cuanto tenga de más sagrado, porque el sacramento más puro y más sublime es el amor?..... Luego, yo soy mexi-

- cano, señor, mi madre lo era; soy más mexicano que vd., pero mucho más.....
- D. Ant.—¿Más mexicano que yo?.....
- Carlos.—Sin duda, porque vd. nació aquí, como nacemos todos en cualquier parte, sin poder elegir padres ni patria, mientras yo, cuando cumplí los veintidós años, cuando tuve derecho para optar entre la nacionalidad de mi padre y la de la tierra en que había nacido, elegí México sin que nadie me obligara á ello; porque no podía vacilar entre mi memoria que vagamente me recuerda á Francia y el corazón que me murmuraba quedo, muy quedo: "¿Si aquí me han dado vida, cómo te has de marchar?".....
- D. Ant.—Pues, á pesar de todo, yo desconfío, sí, desconfío de la sangre francesa que tiene vd. en las venas; porque yo la derramé, porque para mí es sangre enemiga; porque mi hija no ha de servir por amor para la mezcla de dos sangres que se odiaron.
- Carlos.—Pero, D. Antonio, si vd. casi no tiene derecho para impedirlo... sería una mala acción y vd. no es malo..... llámela vd., señor, que decida ella... que decida doña Gertrudis.....
- D. Ant.—Amigo mío, en mi casa sólo se hace lo que yo mando, tuerto ó derecho... ..
- Carlos.—Si no digo que nó; pero es que ahora manda vd. una inhumanidad.....
- D. Ant.—Pues inhumanidad se queda. Esta tarde despedí á la fortuna, ahora desahucio al amor.
- Carlos.—¡Don Antonio!... (con dulzura.)
- D. Ant.—Vaya, resuelva vd. mismo. ¿Qué diría vd. de un sacerdote, pero sacerdote honrado, no de los otros (con desprecio) qué diría vd. de verlo violar el voto de castidad; aunque la ciencia y los filósofos opinen que el tal voto es imposible, un disparate, una locura?.....
- Carlos.—Diría que no debió meterse á sacerdote.
- D. Ant.—¿Verdad?..... Pues haga vd. de cuenta que yo soy ese sacerdote honrado, que mis votos son mis dos odios..... (en este momento, Isabel aparecerá es-

piando por la puerta entreabierta, á espaldas de los actores y de manera que el público la vea) y si hace un instante me felicitó porque no había querido vender mi tierra. mañana, cuando se calme esa pólvora de juventud, me felicitará también porque no quise regalarle á mi hija.....

Carlos.—Don Antonio, va vd. á ser responsable de la desgracia de dos seres; de la desgracia de esa misma hija que tanto quiere.....

D. Ant.—Mi hija aprobará lo que yo hago, como lo aprueba siempre..... Y ahora, hágame vd. un favor; ya ve vd., mi mal genio implorando favores, no vuelva vd. nunca, que Isabel no lo vea más para que se cure de vd.; el tiempo lo cura todo. Yo le diré.....le diré cualquier cosa explicándole esto..... y vd. no vuelva nunca.... por favor..... nunca, nunca.....

(En todo este último diálogo, Isabel demostrará su espanto; y Don Antonio irá empujando á Carlos, ambos muy conmovidos. Al oírse el último "nunca" Carlos habrá salido; é Isabel retirándose de la puerta, lanzara un grito y se oira un golpe como si cayera desmayada.)

ESCENA SEPTIMA.

D. ANTONIO, volviendo de la puerta del fondo y apresurado al oír el grito; luego, DOÑA GERTRUDIS.

D. Ant.—¿Qué ha sucedido? ¿Quién grita?.....

Doña Ger.—(desavorida) Antonio, Antonio, Isabel se muere.....

D. Ant.—(como loco) ¿Que mi hija se muere?.....

Doña Ger.—Sí, sí, pronto.....ha caído.... no se mueve... apenas respira..... Y tú, tú la matas con tus ideas...

D. Ant.—Cállate, mujer, cállate.....A ver (gritando) Pe-

tra, un médico, volando.....y tú....vete con ella, anda, no te le separes..... (alzando los brazos al cielo cae luego junto á la mesa mesándose el cabello con las manos) Dios mío, Dios mío, salva á mi hija!!..... (esconde la cabeza entre los brazos, sollozando. Doña Gertrudis cruza la escena como si rezara y el telón cae muy lentamente.)

FIN DEL SEGUNDO ACTO.